

no las da la ciencia, sino el talento y la rectitud de la buena intencion. La ciencia sin ingenio es un oficio como otro cualquiera. Y un sabio de oficio, ¿qué sabe? Lo que le han enseñado. Y con saber, ¿qué inventa? Nada. Y entónces, ¿cuál es su mérito? No lo sé.

No es mi propósito rebajar funciones elevadas por una falsa opinion á un respetable magisterio; pero, por mi parte, tampoco estoy dispuesto á creer en la legitimidad de orgullos insensatos y en las impunidades y trapacerias de los sabios-tontos. Un cabo de vara puede tener más aptitud para gobernar á los hombres, y más elocuencia para escribir una carta á su madre, que todos los claustros plenos de todos los cuerpos docentes de la tierra.

Y todo esto lo digo á propósito de lo mucho que me alegraría que el ingenio del Sr. Revilla tomase la direccion del arte. Ya sé yo que esto que le voy aconsejando, para los hombres de ciencia es poco ménos que una ociosidad. Pero créame el Sr. Revilla, el entender está sobre el saber; el crear es una funcion intelectual que hace que se acerquen las criaturas á la grandeza de su Criador. Lo aprendido, pasa; y lo inspirado, queda. El arte es tan superior á la ciencia, como la poesia lo es á la prosa. Cervantes, que ya en su tiempo era un escritor arcaístico, es hoy para nosotros un prosista anticuado, mientras que Jorge Manrique, que le ha precedido dos siglos, ha escrito versos que se recitan hoy con el mismo encanto que si fueran de un escritor contemporáneo.

¡Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando!

¿Y en qué consiste que las obras de arte verificadas, adquieren más caracteres de perpetuidad y toman el sello de una juventud eterna, sobre todo comparadas con las escritas en prosa? Esto consiste en que la poesia es la manifestacion más íntima del pensamiento del hombre, pensamiento que, cuando está bien formulado, hace tan eterna como él mismo la palabra en que está expresado. La poesia, y hablo de la poesia clara, precisa y correcta, como la del Sr. Revilla, se apodera de los giros más ritmicos, de los matices más encantadores, de los modos de decir más gráficos, de lo que hay de más impalpable y al mismo tiempo de más real en las palabras, y los funde, los modela, los pone en relieve, y hace una estatua de una idea, y reduce á una imagen pictórica el más recóndito y más fugaz de los sentimientos del corazón humano.

Deje el Sr. Revilla el culto exclusivo de sus ocu-

paciones científicas, para dedicarse, cuanto más pueda, á las obras de ingenio; porque áun en el supuesto de que, como lo hacen algunos filósofos positivistas, se ponga en duda la utilidad de todas las reglas estéticas del órden afectivo, intelectual y moral, y digan que las pasiones y las creencias, desde el amor hasta la inmortalidad del alma, son pura poesia, es menester probarles que la poesia es, por lo ménos, la mitad de nuestra naturaleza.

¡La poesia y la religion! Ellas son el *quid divinum* del arte y del alma humana. La poesia, manifestacion la más ideal del arte y del ingenio del hombre; y la religion, pan espiritual del alma y de las sociedades civiles, que hace sagrada la autoridad ungiéndola con el óleo santo, y que, interviniendo en nuestro nacimiento, en nuestras uniones legítimas y en nuestra muerte, santifica con el elemento espiritual las instituciones humanas, condimentándolas con ese granito de sal divina cuajado por el sol de la justicia en los límites del océano de la bondad infinita!

¿Habré logrado convencer al Sr. Revilla?
¡Cuánto me alegraría!

CAMPOAMOR.

LA MUJER COMPARADA CON EL HOMBRE.

APUNTES FILOSÓFICO-MÉDICOS.

De todas las ciencias humanas, la que trata del hombre es la más digna del mismo. El poeta, el orador y el historiador no sabrán describir la belleza de las acciones, si no elevan su pensamiento al nivel de los hombres que las han ejecutado. El heroísmo y el genio tienen siempre el mismo origen, la virilidad del alma. El conocimiento del espíritu humano es la raíz comun de todas las ciencias y el fuerte tronco que las nutre. ¿Quién desconoce el íntimo contacto que existe entre la ciencia que se ocupa del hombre y todas las que estudian la naturaleza, especialmente la viva y animada? El hombre por su organismo, es parte de la naturaleza, y no puede ménos de sentir sus influencias; sus facultades no se desenvuelven ni pueden ejercitarse por otros medios que los órganos, y éstos no se desarrollan ni funcionan sin el medio cósmico necesario á la vida. Entre la psicología, que estudia al hombre moralmente, y la fisiología, que investiga y analiza la organizacion para encontrar las leyes de la vida, hay tan íntima relacion, que no es posible señalar el límite de cada una, ni se puede decir dónde termina ésta para comenzar aquélla. Estas dos ciencias, que hasta hoy son consideradas como distintas, no solamente se esclarecen la una á la otra, sino que se

completan y confunden, siendo, en mi concepto, necesario é indispensable que el estudio fisiológico preceda al psicológico, de suerte que éste no sea más que la continuacion de aquél.

¿Cómo se puede determinar el origen y fin de un sér, sin conocer ántes su naturaleza y constitucion? Es indudable que en el órden de las cosas la causa precede al efecto, y el fin explica la obra; pero no lo es ménos que en el órden cientifico y de método nos vemos siempre obligados á remontarnos del efecto á la causa, de lo conocido á lo desconocido, de lo fácil á lo difícil, y sólo de este modo podremos hallar en la naturaleza y organizacion de los séres el secreto de su causa y de su destino; para seguir otro camino ó procedimiento nos sería indispensable adivinar el pensamiento del Creador.

La medicina presta á la filosofia la clave del corazon humano; porque si hay una metafisica experimental positiva, solamente puede ser la deducccion del estudio del hombre, considerado en su conjunto. Para llegar al misterioso tabernáculo de la conciencia no hay otro camino que el estudio de las leyes de la organizacion humana. Llegará un dia en que estas verdades, tanto tiempo oscurecidas y contradichas, aparezcan con toda su brillantéz, pureza y esplendor, sin que deje de confesar, en honor del presente, que hoy mismo se reconoce ya la íntima alianza que une la medicina á la filosofia. A la medicina pertenecen las más altas concepciones de la inteligencia; el hombre orgánico es, por lo ménos, el instrumento del alma, y de éste es de lo que aquella se ocupa.

Fundado en la conviccion que tengo de la verdad de estos principios, pretendo hacer la exposicion de mis estudios filosófico-médicos acerca de la mujer comparada con el hombre, adquiridos todos por la observacion y experimentacion, tomados de la naturaleza, á quien solamente he interrogado. No desconozco que, para hacerlos más dignos de tan vasto como interesante objeto, se necesitaba el talento del hombre que sabe ver las bellezas de la naturaleza con el ojo de un hábil observador, para poder pintarlas, ya con ricos colores, ya con sus manchas más finas, haciendo resaltar esa correspondencia secreta, pero eterna, que existe entre la naturaleza fisica y la moral, entre las sensaciones humanas y sus causas determinantes. No pudiendo ofrecer al lector ninguna accion que excite vivamente su curiosidad, ni pasion alguna que conmueva fuertemente su alma, haciame falta suplir este interes con los más finos detalles, con las más exactas descripciones, con el más puro y brillante estilo, en que solamente por su armonía cautivase el interes; pero este mérito exige una organizacion más feliz, un gusto más exquisito y un estudio más profundo que el que yo poseo; haciame falta quizá la llama del amor, de

aquel amor vivo, pero puro, que duplica la vida, que vivifica y engrandece el espíritu, que eleva y purifica el alma, y la hace capaz de comprender y realizar cuanto hay de más grande, noble y perfecto en el mundo. Dispénseme la mujer, si, careciendo de estas dotes, me atrevo á decirle cómo yo la he visto y sentido, cómo la comprendo y aspiro que sea.

I.

DE LA MUJER EN GENERAL.

De todos los séres de la creacion, el más interesante, sin duda, es la mujer. Débil y fuerte á la vez, constante y caprichosa, valerosa y sensible, amante y adorada, la asoció la Providencia á los destinos de esta otra arrogante criatura, que se cree el rey del universo, y no es más que el hombre... Por su debilidad, por su constitucion y por todos los atributos de su esencia, se diferencia extraordinariamente del que se cree su señor y está orgulloso de ser su esclavo.

El hombre inquieto en placer, ambicioso del bien que sigue, fatigado en su existencia, se agita más penosamente cada dia y vive fuera de su vida; la mujer, más constante, más afectiva, más moderada en sus deseos y más amante con el corazon que con los sentidos, considérase sólo destinada al hombre, enorgullécese de complacerle y limita su aspiracion y su gloria á poseerle. Podria creerse que la naturaleza habia separado de nosotros mismos esta bella mitad, á fin de volver á reunirnos á ella con más atractivo en nuestros placeres y dolores.

Se ha escrito mucho acerca de la mujer, y me sería difícil dar siquiera una idea de tantas publicaciones distintas y contradictorias como ha sido objeto. Los poetas han cantado sus cualidades y bellezas; algunos sus lunares; los moralistas han dicho sus defectos, los publicistas han discutido sus derechos, los médicos han descrito sus enfermedades, y los fisiologistas han revelado los más íntimos fenómenos de su organizacion. Tan prodigioso número de libros, justifica la preocupacion de que la mujer ha sido objeto por parte de los hombres más severos y pensadores; y tanta atencion se explica bien, al saber que independiente, ó además de las facultades que las son comunes con el hombre y que el filósofo debe conocer como idénticos en los sexos, la mujer posee otras que la dan una vida propia y la hacen un sér distinto y aparte en la humanidad. Un papel grandioso la es asignado en la obra providencial de la conservacion de la especie, en cuyo desempeño hace prodigios de amor y de abnegacion. Además, el imperio que ejerce y el yugo que sufre, hacen, á primera vista, su posicion bastante extraña, llamando con interes la atencion cada uno de sus actos, que ofrece bastante contradiccion, al ménos

aparente, en el destino de la mujer, para que la necesidad de explicarla no deje de sentirse de continuo en nuestras meditaciones. Podrá suceder que seamos llevados muchas veces á este género de investigaciones por curiosidad ó inclinacion; pero esta inclinacion, por fuerte que se la suponga, no bastaria para provocar trabajos serios, árduos y erizados de abstráculos, como los publicados con este objeto. Que un dulce sentimiento inspire al poeta, siempre inclinado á quemar incienso en el altar de la belleza, lo concibo y lo admito; pero el moralista que enseña, el publicista que discute, el médico que disecciona y el fisiologista que analiza, me parecen tener otros móviles tan serios como sus trabajos. Lo cierto es que cada uno obedece á un móvil, instinto secreto de su relacion. Hay tambien, para explicar esta actividad desplegada en el estudio de la mujer por tantos escritores distinguidos, otro móvil más noble y más elevado que el de escribir la mujer y conocerla, y es el de la conciencia hácia el deber de rendir este tributo á la sociedad, conservada por ella. Pero la mujer, que ha sido objeto de estudio millares de siglos para los hombres pensadores y que les seguirá ocupando en el porvenir, no ha sido ni lo será tan pronto conocida. Colocada en la tierra por voluntad del Criador para continuar su obra, ¿qué mano podrá ser tan temeraria que intente hacer su fotografia? ¿qué boca ha de ser tan atrevida é insensata que intente decir lo que es la mujer? ¿Misterio vivo, por el que el hombre nace, vive y muere, sin que pueda haberla encerrado en el círculo de definicion alguna! Se llega á comprender lo que es una esposa, una madre, una hermana y una amante; pero jamás se ha comprendido, ni se comprenderá quizá, lo que es la mujer. Amigo, amante, hermano, esposo, hijo y padre, podrá decir lo que vale y es estimable este título respectivo alcanzado con la mujer, pero todos estos títulos reunidos no bastan ni convienen las más veces para conocer y explicar este sér. El amante la ve sólo al través del prisma de la imaginacion y de la pasion del amor. El esposo, ya la ame ó la deteste, la ve siempre ante sus ojos y en su corazon tal cual éstos se la pintan, no como ella es. El padre es ciego en ver á su hija; el hijo ama, respeta y venera á su madre, el amigo es indulgente con la amiga, y el filósofo la ve á través de sus sistemas, no tiene ojos en el corazon para ver á la mujer, y ésta no ha nacido para los filósofos. Es del destino del hombre gozar y sufrir por la mujer, no el poder juzgarla; porque ésta es un sér multiforme, verdadero Proteo, que cambia de forma á nuestros ojos, segun las pasiones que hácia ellas nos animan. Unas veces es el cielo, otras el infierno, cuando un ángel ó el demonio, el día ó la noche, la paz ó la guerra, el amor ó el odio; y siempre es ella, la misma, una y múltiple, una con relacion á si mis-

ma, múltiple con relacion á nosotros, que la vemos segun nuestras pasiones. Y como fué hecha para nuestras pasiones, si se la quiere juzgar sin éstas, ya no se la encuentra; extraña verdad, que contrariando las leyes de la inteligencia, hace que, para mejor conocer la mujer, sea necesario ignorarla, y para más fácilmente estudiarla, estar léjos de ella.

La mujer, sér incomprensible, se parece á la flor de los campos, al insecto del aire, al sol del firmamento, al mundo de los mundos, á quienes Dios sólo puede conocer de una manera perfecta en todos sus elementos y en todas sus relaciones. Así es, que el que ensaye escribir sobre la historia de la mujer, necesita un sentimiento exquisito; porque se trata de descubrir el fuego que la anima y electriza sus sentimientos; porque se intenta descubrir lo que está más allá de los sentidos, y pertenece al sentimiento y al entendimiento; porque se quiere, en fin, penetrar en un foco invisible de donde se irradian todos sus movimientos visibles, para lo cual necesita el fisiólogo de un análisis delicado, de un reactivo tan sutil é inmaterial como el elemento sobre que tiene que operar; por estas razones necesitará poner en espontáneo movimiento y ejecucion todas las emanaciones de su alma; y el sentimiento será la luz que le ilumine en sus investigaciones.

La mujer es, sin duda, extremadamente sensible, y á su exquisita sensibilidad debe sus principales gracias y virtudes. Puede decirse que de esta gran sensibilidad femenina nacen la gracia en sus movimientos; su gusto delicado; su maravillosa actitud para las artes; su sagacidad; su afectuosa prevision; su ternura y mística piedad; su gran caridad y hasta su repentina inteligencia, que hija del corazon, foco siempre ardiente, es eléctrica en sus efectos. En virtud de esta angélica cualidad ó naturaleza, es porque la mujer hace irradiar en rededor de ella, tanto en la familia, la más bella creacion, como en la sociedad, irresistibles influencias.

A esa divina cualidad se debieron las santas mujeres, que la Iglesia honra en su memoria, y que salidas de las diferentes capas sociales, son representadas por los biógrafos sagrados como modelo de gracias y virtudes. A la misma se debe otras tantas tambien que, nacidas en la opulencia, no sólo han sabido cumplir con sus deberes de familia, sino que han ejercitado la bellísima virtud de la caridad con los niños abandonados, sirviéndoles de madre, y todas aquellas mujeres que han renunciado á los placeres de la familia para asociarse á los grandes infortunios de los que sufren en las prisiones, en los hospitales y en los manicomios.

A pesar de tanto atractivo y belleza como ofrece el estudio psico-fisiológico del sexo á quien debemos nuestra vida, nuestros placeres, nuestras penas

y la influencia de nuestro destino; aunque se han celebrado las gracias de la mujer, su belleza, sus méritos, la fineza de su espíritu y la bondad de su corazón, todas estas cualidades han sido sólo objeto de un culto general entre los filósofos y los médicos, no objeto particular de serias meditaciones y profundas investigaciones. El anatómico y el fisiólogo sólo se han detenido sobre algunos puntos de la historia física de sus órganos especiales, y sobre las funciones de los mismos. Los naturalistas puede decirse que la han olvidado; y los moralistas y filósofos la han considerado de una manera negligente y hasta parcial, á ménos de algunas excepciones, de cuya buena fe no puede dudarse.

El hombre, en general, no ha comprendido el valor físico y moral de la mujer; ignorando la importancia del papel que la ha sido confiado en la armonía universal, la ha rebajado, viendo en ella sólo el instrumento de su reproducción. Por esta razón, la mujer, en el Oriente, siempre esclava y sometida á los caprichos de un déspota esposo, nos parece sólo digna de interés y conmiseración; y sólo por hacer justicia al gran legislador del pueblo hebreo, es necesario consignar que, bajo el espíritu de sus leyes, mejoró la condición de la mujer.

Los filósofos, los poetas y los literatos de la antigüedad, casi todos, ménos Plutarco, que la considera, han maltratado á la mujer; pero en el Occidente, y especialmente entre los galos y germanos, la mujer es bien tratada y es respetada, pues la dieron participación en sus consejos; y más tarde, cuando la pluma ha podido serla hostil, ha habido hombres de genio que la han celebrado. El culto que el genio griego dió al arte plástico, ó á la belleza física, hizo que en este pueblo tan grande y superior, sólo se considerase á la mujer bajo este punto, dejándola en un completo olvido en cuanto á la belleza moral.

Entre los romanos, más utilitarios y materialistas que los griegos, la mujer pierde en consideración y libertad, llegando á un gran rebajamiento; y hasta el nacimiento del cristianismo era esclava en sus deseos, en su pensamiento y hasta en sus esperanzas. Pero la mujer esclava, de alma tierna, susceptible y con ardiente fe, fué la primera en abrazar la religión del Crucificado, que respondiendo á los movimientos secretos de su corazón, de amor, de devoción y piedad, la ofrecía placeres sin remordimientos. El cristianismo, severo en principios, pero preceptuando la indulgencia, reemplaza al reinado de los sentidos por el de las almas, al reino de la materia por el del espíritu.

El matrimonio, que no era más que un convenio, se convirtió en sagrado y solemne lazo, santificado por las leyes: una moral pura y simple se opone al mal, siendo salvaguardia de la debilidad y de la

inocencia. Todo en este nuevo culto era agradable á la mujer, y de tal suerte se posee de la necesidad del bien de sus semejantes, que instituye, protege y sirve asilos de beneficencia, donde ayuda á sufrir el dolor y el infortunio de los demás, haciéndose cada día, por tantos merecimientos en amor y abnegación, más grande y más libre. Así con este culto santo, con esta moral de tan puro sentimiento, aún en aquello que tenía de más misterioso y sobrenatural, se inflama y entusiasma un sexo tan sensible é irritable, hasta el extremo de aceptar toda clase de sacrificios y mortificaciones, desafiando la muerte y lanzándose ébria en los abismos de un porvenir que le era prometido.

Se pretende poner en ridiculo esta disposición religiosa del espíritu de la mujer, olvidando ó desconociendo que la misma movilidad nerviosa que la dispone al amor de las criaturas, las conduce al amor del Criador. Respetemos al ménos una fe á que debemos tantas virtudes y cuidados. ¿Se verían, sin la religión, tantas mujeres renunciar á los placeres, á las comodidades, á la libertad, y hasta al sueño, para asociarse voluntariamente al servicio de hombres desconocidos, sin otra recompensa que una enfermedad ó la ingratitud? Respetemos á las hermanas de la Caridad y los provencios de Salomón, en que dice: «Donde no está la mujer el enfermo gime y languidece.» ¿Sin religión verían los que así profanan la virtud, tantas esposas constantes, que la suerte ha unido á esposos indignos y beleidosos, y tantas hijas respetuosas á padres injustos y bárbaros y á madres siempre amantes de hijos desnaturalizados? No; cuando el mundo sólo ofrece al sér religioso crímenes é injusticias, le queda el cielo, que en su corazón le consuela. El cristianismo por su culto y sus misterios, pertenece á la infancia de las sociedades y de la vida; pero por su moral y por su amor, pertenece á todos los grados de civilización, pasados, presentes y del porvenir.

Es la religión de los pobres y de los desgraciados, es la del hombre, puesto que fué instituida para el dolor.

La religión es el cimiento de los pueblos y de las sociedades. En todos los tiempos, los pueblos que han adquirido una prosperidad más durable han sido aquellos mejor animados en una fe religiosa. La gran causa, sin duda, de la superioridad de Europa, es la de profesar la mejor de las religiones, siendo absurdo el principio sentado por algunos pretenciosos pensadores: *De que la religión sólo hace falta para el pueblo.* La religión y la fe hacen falta para todos, lo mismo en las bajas capas sociales que en las altas. Lo que hay de cierto es que la fe religiosa se transforma en la edad, en el sexo, y con la civilización y cultura, haciéndose más ideal en estas fases de la vida, para ser ménos sensible y material.

Si despues de tales condiciones sociales, que es necesario reconocer en toda religion, y especialmente en la cristiana, si se tiene en cuenta, por otra parte, la imaginacion más viva y flexible de la mujer, nada más natural y más lógico el que ésta se preste más fácilmente que el hombre á las especulaciones de una felicidad desconocida en la tierra; y que su alma, mejor dispuesta á la resignacion y confianza, se abandone á los fallos de la Providencia.

Pero dejemos por ahora á la mujer en su fe, en su amor y entusiasmo por los misterios y la religion, en su perfeccionamiento y progreso, por el que ha alcanzado cada día más libertad, y volvamos á considerarla en sus relaciones sociales y de familia.

La mujer, compañera asidua de nuestros placeres como de nuestras penas, tiene derechos tan bellos como legítimos á nuestro amor, á nuestro reconocimiento y admiracion. Participa de los placeres y sufrimientos del hombre, siendo tierna y fiel compañera, dándole hijos, que á la vez que les lleva en su seno nueve meses, les lacta y cuida más tarde hasta que son fuertes é independientes. No es sin razon, pues, el hecho de que este sér sensible y propagador de nuestra especie haya llamado constantemente la atencion del naturalista y del médico, así como la admiracion del filósofo y el entusiasmo del poeta. Pero si la mujer puede y debe interesarnos bajo la doble relacion social del embellecimiento, que por todas partes irradia, y de la regeneracion, á que tanto contribuye, ¡cuán digna de admiracion y de compasion es, considerada bajo el aspecto de los males y peligros de que se hallan rodeadas las diferentes épocas de su existencia! Recorre las fases de su vida al traves de una larga serie de cambios y revoluciones á que fatalmente está sujeta. Cada uno de los períodos de su existencia se halla marcado por sacudidas de dolor y sufrimiento, que la han sido otorgados como compensacion, sin duda, al placer que experimenta en su ocupacion y sacrificio por la vida de los demas.

El tiempo mismo del amor y del placer se anuncia en la mujer con molestias y sufrimientos; á la aparicion revoltosa, y algunas veces funesta, de la pubertad, suceden otras épocas aún más desastrosas.

Encargada de una mision tan importante como la de la reproduccion de la especie humana, la mujer parece no lograr este privilegio, sino á costa de que el mismo sea origen de graves males.

El título de madre, el más puro y el más dulce de los placeres que con él experimenta, sólo le obtiene á costa de sus fuerzas, de su salud, y algunas veces de su vida. La mujer no puede dar la vida sin exponerse á perderla. Cada revolucion que experimenta altera su salud y amenaza sus días; crueles males atacan su belleza, y cuando se escapa al azote, el

tiempo, que todo lo destruye, es el encargado de hacerles llorar tan sensible pérdida.

Apénas la mujer ha podido escapar á tantos peligros como la expone el ser madre, cuando á cada instante es alarmada por sus tiernos hijos, cuya suerte futura es para ella un continuo motivo de inquietud y temor: ¡dichosa ella si aquí encontrara el término de sus sufrimientos! Pero cuando la naturaleza y la edad la declaran inhabilitada para la generacion, nuevas inquietudes y nuevos daños se anuncian. Á esta época, en efecto, su circulacion es regida por nuevas leyes, y el trastorno que estos cambios determinan ocasionan nuevos compromisos de su vida, y algunas enfermedades graves que el médico no puede prevenir.

¡Con cuánta razon este delicado y sublime bello sexo, generoso en abnegacion y piadoso sacrificio, no debe excitar en nosotros entusiasmo y admiracion! Sólo una mujer puede bastar á las numerosas y apremiantes necesidades del niño, tomándole en sus brazos con olvido del irresistible sueño, socorrerle en sus ayes con lágrimas de dolor, ó meciéndole en su regazo, y para acallar sus gritos emplear un monótono canto, no volviendo á su reposo hasta que aquél se ha dormido! ¡qué más imponente espectáculo, ni qué más santo ministerio que el de la maternidad! Por sus cuidados nos conducen de este modo hasta la adolescencia, á cuya edad, en que el sistema generador toma parte en los focos de la vida, ella tambien, como el sol que disipa las nieblas y hace germinar la tierra, levanta en nuestra naturaleza nuevos gérmenes de vida, nos da vigor y ensancha el alma, haciéndola accesible á nuevas y más fuertes impresiones, que nos suelen elevar á las alturas del genio. Desde entónces, nuevo fuego circula en nuestra sangre; un sentimiento desconocido embellece el universo y le agranda á nuestros ojos. Nuestro corazon se aflige por la necesidad de amar y de ser amado de una mujer á quien un instinto secreto nos lleva á declararla el homenaje de nuestra libertad, que nos molesta. Su corazon adivina nuestra emocion; y como con lluvia inesperada se refresca el campo abrasado en el estío, así se refresca tambien, con lágrimas de placer, el tierno pecho de la mujer, y nosotros renacemos en la vida al conocer tal amor.

De este modo solemos unirnos á una mujer. Sí, á una mujer, porque esta palabra lo significa todo, la amiga, la compañera y la esposa; y si el cielo con su favor nos la da jóven, sensible y hermosa, para ser completamente felices sólo nos resta que sea madre.

Si más tarde somos sorprendidos por una enfermedad desconocida y que pueda poner en peligro nuestra vida, ¿á quién encontraremos solícitos al lado é inseparable de nuestro lecho de dolor? A la mujer. En vano la solicitarán de todas partes los

placerez; sorda á sus incitaciones, indiferente á los gozes, se olvidará hasta de sí misma para pertenecer y entregarse en un todo á la salud de su único amigo. Ingeniosa en sus recursos, la veremos adornar de flores el velo que oculta nuestra miseria; sostener el valor y la esperanza misma, cuando le falta ya á su mismo corazón. Concentrada ya en su afección y extraña á cualquier otro sentimiento, permanece noche y día en su puesto, insensible á toda injuria, sin fatigarse, hasta que el peligro haya pasado y sin otra recompensa que el placer de habernos sido útil ¡Oh! ¿Quién sabe llorar á nuestro lado, que haga correr sin esfuerzos nuestras lágrimas? ¿Quién sabe, sin ser indiscreto, descubrir nuestras heridas y curarlas sin irritarnos? ¿Quién sino una mujer? Coronados de gloria, satisfechos de la fortuna y rodeados de amigos, de repente y por sorpresa una desgracia eclipsa el fantasma de nuestra felicidad; ¿quién sino la mujer podrá seguirnos en nuestra caída? ¿Quién sino ella verterá lágrimas furtivas sobre los restos y despojos de nuestro crédito? ¿Quién nos seguirá en una proseripcion injusta y hasta en un castigo merecido, sino ella? En vano se la amenazaría con el suplicio para arrancarle un secreto; elegiría la muerte ántes que delatarnos. En nuestros últimos momentos, ¿quién acogerá religiosamente nuestra última voluntad, y con los ojos preñados de lágrimas tendrá una dulce sonrisa que nos haga sufrir con resignacion la ley fatal impuesta á todo lo que vive, y sosteniendo sobre su seno nuestra cabeza desfallecida recibirá nuestro postrer suspiro? Sólo la mujer, compañera de nuestra vida, sabe sacrificar en dolor propio nuestro consuelo. Por eso á todas las épocas de nuestra existencia, viejos ó jóvenes, felices ó desgraciados, ricos ó pobres, buenos ó malos, sanos ó enfermos, somos objeto de sus cuidados y afecciones; su existencia entera la gasta en sentir y amar, y al sembrar de flores el triste sendero de nuestra vida, se ve de continuo asaltada en su pureza por aquellos mismos á quien se confía y por quienes se sacrifica. Si: por nuestras leyes y preocupaciones la exigimos no sólo virtuosa, sino incapaz de toda sospecha, á pesar de nuestras seducciones y continuos lazos tendidos á su virtud. Nosotros provocamos sus debilidades é insultamos sus defectos; en fin, á sí misma se debe sus virtudes, de nosotros provienen sus faltas.

La mujer, más impresionable que el hombre, es más vivamente afectada y trabaja por el atractivo y juego de las pasiones. Para poder apreciar bien el flujo y reflujo de las mismas, hace falta estudiarla en todos sus estados y condiciones, en sus diferentes rangos, entre todos los intereses que la agitan, en medio de todas las contrariedades de que es objeto, en todos sus lazos sensibles, en todas las fibras, cuya irritabilidad hace vibrar la pasion humana. Hay que aprender á verla señora de sí misma ó es-

clava de sus sentidos, y atraída por la simpatía ó repelida por el odio, cuándo elevada por la virtud, y algunas veces rebajada por los placeres. Siguiendo la ley inmutable de la naturaleza, comun á todos los séres organizados y vivientes, la mujer, lo mismo que el hombre, se halla sometida á las diversas revoluciones de la vida; como él, nace, crece, se debilita y muere; como él, tambien recorre todas las fases de su existencia y no llega al término fatal sino despues de hallarse sometida á las diferentes influencias que alteran su salud. Sin embargo, si bien es verdad que los dos sexos se hallan expuestos á un grupo comun de enfermedades, tambien lo es que el número de las que padecen está léjos de ser el mismo, pues al número de las que son comunes á los dos sexos, hay que agregar otro bastante grande de las que toman origen en la excitabilidad más grande del sistema nervioso de la mujer, y en los aparatos y funciones penosas y tumultuosas con que se prepara y realiza la reproduccion. Naciendo débil y sensible, destinada por la naturaleza á darnos la existencia y conservarla por tiernos cuidados y viglias, la mujer, este ángel de la tierra, fiel compañera del hombre, merece nuestro más vivo interes y presenta un vasto campo á los estudios médicos filosóficos.

En efecto, ¿qué causa ó qué objeto más digno de nuestra atencion que la serie de cambios físicos, fisiológicos y morales que acompañan ó se verifican en la mujer en todas las épocas de su existencia? Sólo por una larga serie de modificaciones y revoluciones de su naturaleza, frecuentemente fúnestas, es por la que avanza en la vida y recorre sus fases. Las enfermedades de la mujer son numerosas y variadas.

El médico que toma por objeto de sus estudios esta rama tan importante de la ciencia médica, difícilmente podrá llegar á descansar en sus investigaciones siempre que quiera llegar á obtener resultados útiles para la humanidad. Hombres de reconocido mérito han consagrado sus trabajos á este estudio tan lleno de interes; pero no han agotado la materia, quedando muchos puntos que esclarecer en la historia de las enfermedades del sexo. A pesar de la marcha progresiva del espíritu humano; despues de los incontestables progresos de las ciencias naturales y de las numerosas conquistas hechas en todas las ramas de la medicina, y en especial en la de enfermedades del sexo; aunque todas las ciencias, en fin, cultivadas con igual ardor han hecho reflejar nueva luz sobre el estudio de la naturaleza como ciencia filosófica, hay mucho todavía que hacer y que decir: *Multum restat adhuc operis, multum restavit, nec ulli nato, post mille secula praecludetur occasio aliquis adjiciendi* (Séneca).

DOCTOR ENCINAS,

Catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid.